

SOBRE EL AUTOR

► **Oscar Esquivias.** (Burgos, 1972). Nacido en el barrio de Gamonal y licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Burgos, desde muy joven Esquivias se ha dedicado por completo a la literatura. Codirigió la revista literaria 'El Mono de la Tinta' (1994-1998). También fundó y dirigió 'Calamar', revista de creación, desde 1999 a 2002. Ha colaborado en numerosas revistas de España e Hispanoamérica con poemas, artículos y relatos cortos. Su novela 'Inquietud en el Paraíso' recibió el Premio de la Crítica de Castilla y León en el 2006. Está considerado como uno de los referentes del cuento español contemporáneo.

► **Obra.** Narrativa: 'El suelo bendito'. Premio Ateneo Joven de Sevilla (Algaida, 2000). 'Jerjes conquista el mar'. Premio Arte Joven de la Comunidad de Madrid (Visor, 2001; reedición corregida, Ediciones del Viento, 2009). 'Inquietud en el Paraíso'. Premio de la Crítica de Castilla y León. (Ediciones del Viento, 2005). 'La ciudad del Gran Rey' (Ediciones del Viento, 2006). 'Viene la noche'. (Ediciones del Viento, 2007). Literatura infantil y juvenil: 'Huye de mí, rubio'. (Colección Alandar. Edelvives, 2004). Serie 'El signo de los valientes': 'Mi hermano Etienne'. (Colección Alandar. Edelvives, 2007). 'Etienne el traidor'. (Colección Alandar. Edelvives, 2008). Libros de cuentos: 'La Marca de Creta'. (Ediciones del Viento, 2008). Ganador del Premio Setenil al mejor libro de relatos del año. 'Pampanitos verdes'. (Ediciones del Viento, 2010). Premio La tormenta en un vaso 2011).



Próximo jueves,
5 de febrero
Antonio Colinas
en **El Teleno (León)**



▲ Fuente de Salaguti e iglesia de San Juan Bautista (s. XV-XVI).

▼ Las Escoladeras y, al fondo, la Peña Amaya.



→ está atento, puede descubrir erizos, corzos de corazón asustadizo, conejos y liebres, perdices, cuervos, abubillas (mis favoritas) y zorros de mirada inteligente (raposos los llaman en la zona), además de rebaños de ovejas cuyo pelaje se asemeja tanto a las piedras calizas que a veces uno no se da cuenta de su presencia hasta que no oye los cencerros o los ladridos de los perros que las pastorean.

—Al campo siempre hay que salir con un palo —decía mi abuelo, que nunca olvidaba su cachava. No sólo le servía para espantar a los perros; también para defenderse de las culebras.

—Las víboras se ocultan entre las piedras y los hierbajos —aseguraba, señalando los matorros de tomillo o esplegio de las laderas más soleadas del páramo. Casi estaba recitando a Virgilio: «Latet anguis in herba», escribió el poeta en su tercera bucólica, y este verso («la serpiente se es-

conde en la hierba») ha quedado como aviso proverbial contra los insidiosos. Los romanos pensaban, además, que la médula espinal de los hombres, tras morir, se transformaba en una serpiente. La Peña Amaya fue una necrópolis y quizá por eso abundan las culebras. Aquí se encontró una lápida del siglo III muy llamativa: una viuda, Neoria

Los romanos pensaban que la médula espinal de los hombres, tras morir, se transformaba en una serpiente

Avita, mandó grabar la imagen de su difunto marido (representado como un hombre joven, completamente desnudo) con una inscripción dedicada a los dioses manes, a quienes agradecía que el fantasma de su hermoso marido se le hubiera aparecido para darle un buen consejo (no sabemos cuál). ¡Un fantasma del siglo III! Sucedió aquí, en la Peña Amaya, entre serpientes y águilas, animales tan romanos. Y sabemos el nombre del aparecido: Hygino.

Mi abuelo era muy andarín y siempre volvía de sus paseos con algún tesoro: alguna moneda antigua y roñosa, un pedazo de cerámica, un hierro retorcido que aseguraba que era un alfiler.

—Esto es de cuando los romanos estuvieron en la Peña Amaya —decía.

En cierto modo, los romanos siguen habitando la zona. Mi abuelo se llamaba Máximo. Mi abuela, Jus-

tiniana. Otros vecinos del pueblo (que tendría en mi niñez poco más de cien habitantes) llevan también sonoros nombres de la Antigüedad, que evocan a héroes y sabios paganos y también a mártires del cristianismo: Néstor, Virgilio, Domiciano, Antonino, Agripina, Patricio, Marino, Juventino, Ovidio, Emilio, Emiliano, Mario, Félix, Sabina, Hipólito, Herminia, Domitila, Lorenzo, Valerio, Sabiniano, Macario, Marina, Eleuterio, Epifanio, Fermina, Teodosio, Artemio...

Así que yo, descendiente de estos páramos, también me siento hijo de Roma, de aquellos soldados que vinieron con Augusto y clavaron sus lanzas al pie de la Peña Amaya. Y quizá algún día (espero que muy lejano) mi cuerpo se transforme en una de esas serpientes que buscan el sol entre las piedras de la Peña o me aparezca como el bello Hygino. Espero que, como él, no asuste a nadie y os sepa dar buenos consejos.